



Descubriendo a

COCO

Edmonde Charles-Roux

Descubriendo a Coco

Edmonde Charles-Roux

SÍGUENOS EN
megustaleer



[megustaleerebooks](#)



[@megustaleer](#)



[@megustaleer](#)

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

A G. D.

... y además, no hay hombre sin tragedia, solo aquellos a quienes se supone libres de ella. Todo es indumentaria. Todo parece hecho tal como se ve por la calle, indiferente, atravesando los clavos de la apariencia. Todo huele a norma y guarda su secreto.

ARAGON, *Henri Matisse*

Prólogo

En el sur de Francia hay una tierra que jamás fue conquistada, solo la rozaron levemente. Hasta el mismo Aníbal, al frente de su ejército de elefantes y de cartagineses, optó por no atacar frontalmente la región de las Cevenas, esa barrera granítica, arbotante que se cruzaba en su camino como gato enfurecido.

Llegó el tiempo de los césares. La tierra se dejó romanizar, pero a distancia. A pesar de los escasos recursos desarrolló un innegable genio comercial; consiguió que el queso de Gabales hiciera las delicias de las mesas romanas. Vale la pena recordarlo. Lo mejor del temperamento de la región de las Cevenas reside ahí, en su fortaleza ante las dificultades, ante la pobreza.

Cuando el Imperio romano se desmembró, los bárbaros saquearon Roma; esos mismos bárbaros llegaron hasta el pie de las Cevenas pero no pudieron someter a su gente... como si los guerreros temieran por instinto a una región que consideraban más abierta a las ideas que a los hombres. Dos siglos después, bajo la espesa sombra de sus bosques, en el interior de las grutas, los montañeses de Gévaudan y los pastores de Villefort dominaban desde lo alto los estrechos valles por donde se deslizaba la sombra cruel de los caballeros del islam. También los árabes renunciaron a la conquista.

Nadie, ni los sarracenos, ni los ingleses del Príncipe Negro,

ni la peste, perturbó a lo largo de los siglos esa soledad, a excepción de algunos saqueadores y los lobos.

Tan arraigado está el genio de esa región aislada del mundo donde aún se mantienen las características físicas de sus primeros habitantes. Esos son los orígenes de cierto tipo de belleza femenina. A la oscura cabellera de las tribus que llegaron de Asia Menor, a los cabellos fuertes y negros de los de Gabales deben las campesinas de las Cevenas cierto aspecto de profetisas y el porte de algunas mujeres al andar, como si no rozaran el suelo.

Hasta la aparición del protestantismo en Francia y las guerras de religión estas tierras perdidas no se transformaron en lo más profundo de su ser. Allí siempre imperó una idea del cristianismo que no coincidía con la del Papa. A cualquier precio aspiraban a la pureza, a la perfección de los primeros tiempos. ¿Acaso la perfección no justifica la muerte? La perfección a cualquier precio. Entonces el alma de las Cevenas mostró todo el rigor que ocultaba y también la violencia.

Cátaros, hugonotes, *camisards*, fugitivos de las persecuciones del Papa o de las del rey hallaron refugio en la noche de sus bosques. Los declararon herejes y los amenazaron con el exterminio, pero pudieron ocultarse y defenderse durante las sangrientas luchas fratricidas, que figuran entre las más crueles de la historia.

El gen de la intransigencia se perpetuó. Los habitantes de las Cevenas viven como siempre lo han hecho, fieles a sí mismos.

El escenario de sus hazañas es algo más que un simple accidente del terreno. Cada piedra de esa muralla perforada, herida hasta el infinito, cada ángulo, cada hondonada, fue refugio, hogar o sepultura.

En el corazón está el origen.

Un corazón granítico en el que las pizarras brillan aún como soles negros. Allí sopla un viento de locura que arrastra el frío de las nevadas hasta las calles de Arles, arranca las tejas, tiñe de cobalto el cielo, tumba el trigo maduro y convierte los cipreses regios de Crau en antorchas vehementes, como los pintaba Van Gogh.

Es la cuna del mistral.

En ese sobrecogedor esplendor de un paisaje mineral nació una familia agreste y ruda, imperiosamente dominada por el placer de engendrar: los Chanel.

Surgida, como ellos, en una tierra de fuerte espíritu campesino, con sus mismos rasgos, de modo que al enumerarlos la describimos: el mismo aspecto físico, el mismo vigor, el mismo afán de perfección, la misma voluntad de producir (es decir, de sobrevivir), la misma dureza, la misma palabra autoritaria, la misma intransigencia, la misma violencia y pasión. Sometida, como ellos, al orden inflexible de las estaciones, y como ellos, adicta al trabajo, una descendiente de esa prolífica tribu, Gabrielle Chanel, fue elevada a la celebridad por miles de mujeres. Ellas reconocieron en esa hija de los Causès un talento extraordinario: el poder de embellecerlas. Fueron ellas —amas de casa exigentes, amantes inquietas, millonarias o burguesas en busca de armonía en su indumentaria— las que reclamaron que esa pobretona hiciese de la elegancia y el lujo el único objeto de su existencia; ellas la obligaron a dedicarse a la costura.

Gabrielle Chanel dudó más de lo que suele creerse.

Tras una larga evolución y tan solo cuando comprendió que no tenía otro medio de abrirse camino, accedió.

¿Su oficio? Un instrumento de evasión.

Se apoderó de él y penetró en su nueva vida como un torbellino, como un torrente de las Cevenas.

Ninguna referencia cultural, ninguna evocación histórica, en el estilo que ella creó.

Fue una inventora.

Sus diseños eran lo que pretendían ser: sencillos, sin concesiones, fieles a su rechazo de todo lo que no respondiera a la cotidianidad, de cualquier hilo conductor que no la uniera con la antigua herencia campesina. Ese rechazo tenía un nombre: sentido común.

Cuando necesitaba tomar alguna referencia, su mirada se volvía hacia algún detalle de una moda antigua; se apartaba de la influencia burguesa y se dirigía a su pasado. Eso la llevó a escoger elementos que hasta entonces se consideraban demasiado modestos: trajes producidos por la fatiga, el trabajo, el movimiento. Su gesto creador era un gesto subversivo. Rechazaba la opresión del ceremonial.

Su inspiración natural dio origen a una moda que, paradójicamente, consistió en aliar la funcionalidad con un refinamiento extremo, una moda que es imposible disociar del espectáculo de nuestro tiempo.

La vida de Chanel está llena de contrastes.

Como costurera evitó siempre la futilidad; como responsable de una empresa transgredió todas las reglas del juego y exigió sus derechos sin complejo alguno; como modelista nada le satisfacía más que dejarse plagiar. Esa mujer, cuyas ideas se transformaban en oro y entre cuyas fieles clientas se encontraban millonarias de América, Oriente Próximo y Asia,

reivindicaba, como única victoria, que sus rasgos distintivos fueran adoptados por la gente común de la calle.

Acumuló una enorme fortuna, mayor de la que le habría correspondido en su medio: una gran industria y todo lo vinculado a ella; banca, bolsa, política, finanzas, en una palabra, el poder. Y, sin embargo, nadie la oyó jamás magnificar la riqueza ni exaltar el dinero. Nunca se le vio la menor expresión de regocijo. Poseer era para ella fuente de satisfacción, pero lo esencial de ese goce residía en la comparación entre el presente y el tiempo en que no tenía nada.

Aunque vivió en una época en que los desplazamientos eran una obligación profesional de la que dependía buena parte del éxito de las grandes empresas, despreciaba a los que se dedicaban a los viajes de negocios; solo se desplazaba por placer.

Supo reconocer el talento de los artistas más notables y entre ellos encontró las únicas amistades con las que se honraba. Pero se rebelaba cuando alguien confundía su oficio con el de ellos, y detestaba que la calificaran de genio. Quería ser una artesana.

Parecía invencible, y la magia de su extraordinaria capacidad de seducción contribuyó al triunfo de su empresa. Pero a pesar de su éxito vivía como exiliada, pues había fracasado en lo que más le importaba: su vida de mujer. Y sin embargo... ¿Acaso otra mujer podía ser más independiente, más libre que ella? Su singular destino desmiente las tesis que defienden la igualdad de los sexos como condición determinante de la felicidad femenina. En su vida profesional fue igual, o incluso superior, a muchos hombres, pero respecto a sus aspiraciones sentimentales, Gabrielle Chanel fue la más desarmada de las mujeres. Si la moda estuvo en el centro de

su existencia, el principal problema de su vida fue el amor. En ese aspecto solo conoció desilusiones.

Formada, descubierta, inventada por los hombres, trabajó toda la vida para las mujeres sin quererlas lo bastante para olvidarse de sí misma cuando las vestía. A ese ser apasionado, cualquier persona de su sexo le parecía una rival en potencia. Hasta su último aliento se negó a verse como era; se veía como había sido en su juventud. Empeñada por entero en la lucha por gustar, Chanel se dedicó en secreto a los más provocadores artificios.

Cada una de sus colecciones era como un solitario retorno, un largo viaje inconfesado a los secretos de su pasado, un pasado del que no hablaba jamás.

Lo que más impresiona de su vida no es el espectáculo de su éxito, ni su popularidad, sino el enigma que supo ser a ojos de todos los que se le acercaron, la agotadora labor a la que se consagró para enmascarar sus orígenes. Lo que impresiona, y aquí radica el sentido de este libro, es el arte con el que supo hacerse ininteligible y, una vez alcanzado su objetivo, la constancia con la que se mantuvo en esa simulación como en la más hermética de las prisiones.

Vivió presa de su leyenda.

Los orígenes 1792-1883

Se admite que la verdad de un hombre es, principalmente, aquello que oculta.

ANDRÉ MALRAUX,
Antimemorias

1

El terruño

Ponteils solo cuenta con tres casas tan mimetizadas con el paisaje que parecen nacidas de las profundidades de la tierra. Esos techos inclinados, abruptos, medio derruidos, a los que el musgo se sujeta y ennegrece, esos muros de completa rusticidad. Esos muros y techos contruidos con la misma piedra mala y como metalizada —una pizarra tallada en finas láminas, que corta como una navaja—, ¿a quiénes están destinados a cobijar? ¿A personas o a animales? Uno duda. En el fondo del valle, minúsculos torrentes crecen con la menor lluvia y se resecan con el primer sol. ¿De dónde vienen? ¿Adónde van? Pero ¿de qué sirve saberlo? Nada va a ninguna parte, nadie pasa por esa aldea. La carretera se detiene ahí y choca contra un alto campanario erguido como un faro por encima del oleaje de las colinas. ¿Por qué esa iglesia? ¿Para qué feligreses? La población de un gran burgo no bastaría para llenarla. ¿Qué hace ahí, en medio de semejante soledad?

Si se mira a través de las puertas que han dejado abiertas, si uno se deja sorprender por las huellas del pasado en el interior de las casas —amplios y tenebrosos graneros donde penden cabestros, viejos rastrillos oxidados, carretas volcadas grises de polvo, que elevan hacia las grietas del techo sus palos desnudos y macizos como armas de guerra—, se siente confundido. Un laborioso pasado nos mira cara a cara.

Misterios de la vida campesina. ¿Qué pudo suceder para justificar tal abandono? Ante construcciones dormidas como las *trulli* de Apulia o las *nuraghe* de Cerdeña, con sus sólidas estancias y sus galerías secretas, es imposible no evocar las creaciones más misteriosas del género humano.

Pero solo son austeras granjas de las Cevenas que resisten al abandono, tercos recuerdos de un tiempo en que esa tierra estaba viva y la gente vivía de ella.

Queda lejos ese tiempo. Hace casi un siglo que comenzó el éxodo y el bosque de varios miles de hectáreas que cercaba la aldea de preciosos castaños comenzó a ralearse hasta convertirse tan solo en un terreno desfondado.

Las castañas aseguraban la prosperidad de Ponteils. La gente vivía de ellas, las vendía, las comía a todas horas. Eran alimento y dinero. En el hogar, en una marmita de barro —*la toupie*— se cocía la ración para la familia. Sobre las planchas de hierro se secaban las que en invierno se daban al ganado. Y cuando llegaba el plazo del arriendo, y desde la capital llegaban los recaudadores a reclamar lo debido, se les pagaba con kilos de castañas.

En Ponteils, a principios de octubre, empezaba a verse el trajinar incesante de todo lo que tuviera ruedas, carretas y carriolas cargadas hasta reventar de sacos marcados con las iniciales de sus propietarios. F de Fraisse, C de Causse, V de Vidal, que daban bandazos porque había que darse prisa. Era necesario colocar toda la cosecha antes de que las ventas disminuyeran y el precio fuera más bajo que el coste. Entonces, desde el bosque llegaba un fuerte murmullo, un incesante rumor de voces.

En los buenos años, cuando los castaños parecían a punto de derrumbarse bajo el peso del fruto, los granjeros llegaban

a fletar hasta treinta caballos para asegurarse una comunicación más rápida con los mercados del valle. Porque allí arriba no había ni uno. A lo sumo un mulo por granja y aun así... Y, sin embargo, esos fueron los buenos años de Ponteils, su edad de oro.

En aquella época, una pequeña sala y una especie de glorieta, únicos lugares de encuentro de los lugareños, estaban siempre llenos. El mostrador del vino, las largas mesas con sus bancos estrechos. La vida de la aldea se concentraba entre las cuatro paredes de una casa cuyos cimientos, de ciclópea solidez, la distinguían de las demás. Encima de la puerta, dos iniciales —A. B.—, las de los primeros habitantes de la casa, los Boschet, y una fecha —1749—, la de su construcción, que también señalaba el momento en que comenzó la prosperidad de la aldea. Pero fue preciso esperar hasta los primeros años del siglo XIX y al auge de la castaña para que aquella honesta morada campesina se transformara en una taberna.

Allí acudían granjeros sedientos, jornaleros contratados para ayudar en la cosecha, cesteros en busca de encargos, buhoneros llegados de la ciudad para vender sus baratijas, y, tanto en verano como en invierno, los que estaban atados a Ponteils, al cuidado de la tierra, la mano de obra familiar, muchachos, hombres de todas las edades, leñadores, pastores, criadores de gusanos de seda, apretados unos contra otros, un poco temblorosos, con las piernas ligeramente abiertas, los viejos de siempre, con sus manos nudosas. La taberna dominaba un horizonte sin fin. Ir allí era volver a encontrarse con la vida, el ruido, el eco de lo que sucedía fuera. Y también la oportunidad de casarse, porque los padres de familia...